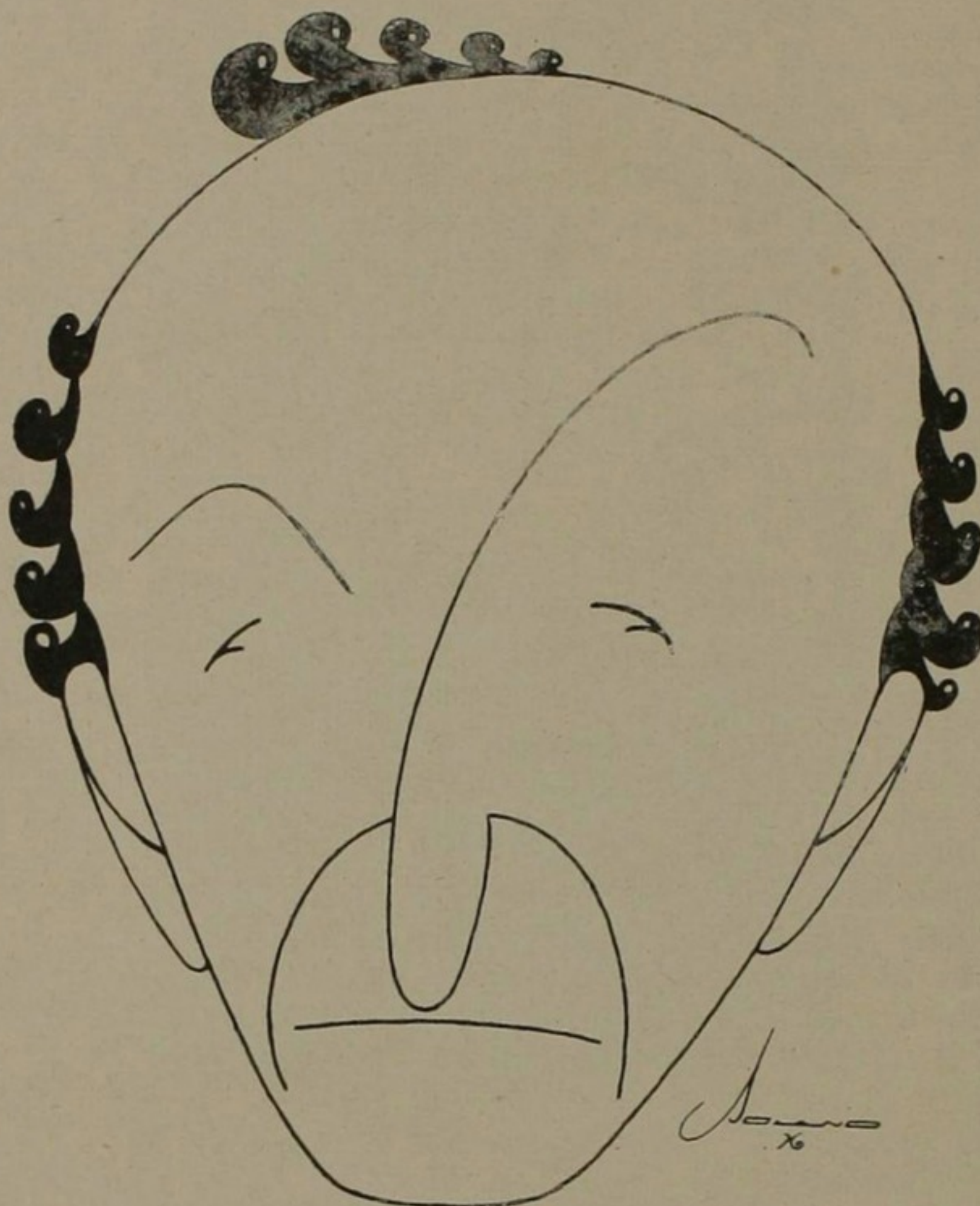


Dos novelas de Máximo Soto Hall

I

El Problema.—M. Soto Hall. Casa Editorial: María de Linares. Imprenta y Librería Española. San José de Costa Rica, 1899.



Máximo Soto Hall

Visto por Noé Solano.

AL terminar el siglo recién pasado, es decir, en 1899, publicó aquí, en San José de Costa Rica, Máximo Soto Hall, que convivía con nosotros hacía ya algún tiempo, una novela de cortas dimensiones en que, como resultado de nobles inquietudes, se manifestaba el escritor sesudo,— título nuevo y de valiosa suposición en quien, sobre esto, ya se gallardeaba en el mundo literario con la aureola de poeta;— después de todo, bajo los arcos triunfales de la poesía suelen hacer su aparición victoriosa en ese mundo los escritores de casta.—En *El problema*,— este nombre tiene la obra a que me refiero,— Soto Hall hace aparecer a nuestros ojos, en un viviente cuadro, la visión babilónica de lo que el canal de Nicaragua sería unos treinta años después de construído.— El canal de Nicaragua, cuya apertura parecía inminente por aquel entonces, es decir, hacia la época en que *El problema* era editado en esta ciudad por la Librería Española, no llegó al fin a construirse; pero no por ese accidente, que descentraba el episodio de su escenario, la novela disminuyó cosa alguna en mérito o en alcance.— Al leer hoy sus descripciones nos encontramos, sin que para ello se le imponga esfuerzo alguno a la imaginación, *tout naturellement*, diríamos, ante la zona por entre cuyas poéticas márgenes el canal de Roosevelt extiende sus anillos constrictores con lentitud de boa aperezada por el fuego del Trópico, o, más bien, según me doy maliciosamente a pensar, por lo segura que en sus dominios parece sentirse.— Voy a insertar aquí un bello trozo de *El Problema*:— el que corresponde a la primera página; dígame quien lo lea, en el supuesto necesario de que alguna vez ha recorrido la ruta maravillosa por donde zigzaguea el canal, si esta descripción no traduce, en unos pocos trazos, como lo quiere un simple rasguño, el paisaje íntegro de la vía urbanizada, tal como hoy se muestra a la mirada del mundo atónito.— El trozo a que antes me referí es éste:

«El gran vapor se deslizaba majestuosamente por las dormidas aguas del canal. A una y otra margen, reflejando sus fachadas sobre la turbia linfa, quintas circundadas de altas verjas de hierro, donde culebreaban, llovidas de flores, las tupidas madreselvas, dejando apenas ver, entre su verde tamiz, el blanco manchón de las escaleras de mármol que se iban estrechando al subir como una ola espumante; oficinas con sus amplias ventanas y sus piezas inundadas de luz, fábricas severas, claustrales, cortando el espacio con sus chimeneas altas, erguidas, que lanzaban constantemente sobre el diáfano azul del cielo bocanadas de humo negro y pesado. Era toda una gran ciudad, alargada, extendida en las riberas de aquel río hecho a medias en-

tre Dios y los hombres; una Venecia moderna, con una sola calle anchísima, limitada por dos grandes océanos».

¿Por qué se armoniza tan cabalmente lo que Soto Hall fantasea y describe en 1898, dándole por teatro la faja de territorio a lo largo de la cual parecía próximo a abrirse entonces el canal, con lo que hoy, ahí al lado, pero en otra parte y años después, se ofrece a nuestra vista como la realización milagrosa de un sueño? Es sencillamente porque, al escribir su novela, allá por el año 98, Soto Hall conocía, tan bien como hoy, según lo vemos en *La Sombra de la Casa Blanca*, su novela reciente, de que voy a hablar, la psicología del pueblo norteamericano. No obstante ser un producto híbrido, en que se confunden, hasta formar un todo compacto, las razas más antagónicas, como en un gigantesco y poderoso crisol, el pueblo norteamericano tiene una concepción de la vida que es en él distintivo de su personalidad étnica; todo en este pueblo joven, y, en muchos casos, primitivo, se realiza conforme a las determinantes de esa concepción, que, ciertamente, no peca de complicada. No podría, sin embargo, decirse con verdad que en la civilización de ese país faltase éste o aquel otro elemento de cultura; no; pero hay algo que en ella desborda sobre todo límite, que resulta exorbitante, que suscita asombro: la grandeza material, enormemente desproporcionada con relación

a los fueros superiores del espíritu; sea como fuere, hay una cualidad muy valiosa en la raíz de ese afán, un poco bahuño, al parecer, que, ante todo, impele el ingenio del hombre hacia la conquista de las cosas materiales; a esa cualidad debe el yanqui su condición de pueblo sano y robusto y, como consecuencia, su aptitud para llevar a cabo obras cuya realización exige el empleo inteligente de las fuerzas físicas, en las que, como nadie ignora, reside, además, el germen de superiores virtudes. Adonde quiera que vaya, el descendiente de los viejos puritanos lleva la loable preocupación simplista que lo induce a sanear, siempre por métodos concienzudos, los parajes agrestes en donde se propone ejercer las poderosas facultades de acaparamiento que en él hasta la exacerbación estimula el insano, el implacable apetito de oro; ¿y qué?: después de todo, constituye obligación imperiosa, mejor dicho, primaria, depurar la naturaleza de los elementos patógenos que en ella existen en constante acecho contra la vida del hombre; en ese generoso empeño el yanqui ha triunfado, mal que nos pese, y en ese triunfo radica parte no pequeña de su temible capacidad dominadora; otro legítimo reclamo de la fisiología hace que este hombre se esmere en reunir bajo su techo las comodidades rutinarias, aunque un

tanto señoriles, que en buena ley demanda un ponderado confort, por su eficiencia en bien de la salud; de buen talante reconocemos también, como es justo, que en ese plausible celo hay una tendencia a la dignificación de lo que en nosotros primariamente corresponde a la economía animal y que, gracias a tales conatos de dignificación, el materialismo de la raza se ennoblece no poco.— Observemos, además, el gusto nada artificioso que el norteamericano tiene por las flores, a las cuales acude siempre solícito para embellecer su morada, que se acurruca entre bien cuidados vergeres allí donde se ofrece algún espacio a las manifestaciones de la intuición artística; en ese ingenuo arregosto se trasluce indudablemente un nuevo y más alto sentido de la belleza.— Soto Hall conocía perfectamente esos aspectos de la psicología en que se informa el carácter del hombre norteamericano y pudo así describir con cabal exactitud en 1898 lo que algunos años después sería la zona canalera: el canal requería marco digno de su grandiosidad y a ese efecto debía contribuir la potente civilización utilitaria de los Estados Unidos con lo que en ella hay, sin embargo, de ameno y de hermoso, en cuanto expresión de un arte que se insinúa apenas en forma elemental; en *El problema* el canal discurría majestuosamente a lo largo del Río San Juan, por entre márgenes encantadas, tal como lo contemplamos